

## Desde la Torre

Mayo 2026

... *SED IURA*

**N**os haría falta el talento de los graves historiadores romanos para disimular (y conservar) su filosofía si quisiéramos contar la historia de nuestro tiempo antes de dar por supuesto el alcance de la libertad de expresión o, lo que seguramente es mucho más importante, mientras nos cercioramos de que estamos en condiciones de manejar toda la información que necesitamos para comprender lo que no está sucediendo inmediatamente ante nuestros ojos: lo vemos, sin duda, pero desde lejos, a una distancia extremadamente sofisticada. Livio, cuyo prestigio moderno reside casi de manera exclusiva en los comentarios —los *discorsi*— de Maquiavelo, fue un pompeyano, aunque eso no impidió que Augusto le ofreciera su amistad, si la lectura de *amicitia* es correcta en Tácito, ni que él mismo se convirtiera en preceptor del joven Claudio. ¿Comprometía la amistad del emperador la imparcialidad del historiador más de lo que el maquiavelismo ha condicionado su legado? Puesto que el concepto de maquiavelismo parece inequívoco, ¿cuál podría ser el equivalente en la actualidad de la amistad del emperador? ¿La extensión de la opinión pública en la época de las redes sociales? ¿La obligatoriedad constitucional de la rendición de cuentas de los poderes públicos? ¿La desaparición de la razón de Estado en una línea de progreso indefinido y a menudo unidireccional? ¿La democratización del saber?

La invasión rusa de Ucrania, las matanzas del 7 de octubre de 2023 y sus secuelas, el secuestro de Nicolás Maduro, las hostilidades en Irán y Líbano, los acuerdos que el presidente del gobierno español haya cerrado con el régimen chino, por ejemplo, son episodios contemporáneos que exigen de cada uno de nosotros, como meros ciudadanos, una mirada despejada y serena que resulta casi imposible de lograr. ¿Cómo nos llega la información, que puede ser tan abrumadora como parca? ¿Qué parte de nosotros está legitimada para autorizar —aunque solo sea con el voto— las decisiones que se toman? ¿Qué pauta es la adecuada para medir si las acciones, que incluyen la proscripción de seres humanos, son justas?

La indiferencia de la tradición no ha conservado lo que Livio escribió de su propio tiempo. El historiador de la antigüedad que, por la mediación de Maquiavelo, más cerca parece estar de nosotros, puede ofrecernos una imagen paradójica de nuestra situación. No es probable que la amistad del emperador llegara hasta el punto de que Livio no supiera que debía ser prudente. Entre las innumerables muestras de prudencia de su fragmentada escritura hay una,



por encima de todas, que podría proyectarse sobre nuestra época como se proyectó desde la antigüedad republicana sobre la época imperial. Cuenta Livio que, durante el consulado de Gayo Junio Bubulco y Quinto Emilio Bárbula, cuyas campañas militares fueron severamente cruentas, diversos pueblos de Apulia y Lucania acudieron al Senado para pedirle un ordenamiento jurídico. Livio escribe que no solo las armas sino también las leyes romanas tenían una fuerza muy extendida (*nec arma modo sed iura etiam Romana late pollebant*, 9.20.9). Que las leyes tengan tanta fuerza como las armas no es un arcano: no lo era para Livio ni puede serlo para nosotros. La fuerza de las armas no mejora nuestra comprensión, a diferencia de lo que sucede con la fuerza de las leyes. La palabra de Livio para señalar la fuerza de las leyes era estabilidad (*stabilitas*). La amistad imperial y el comentario maquiavélico no son más eficaces.